- Mi compañero de viaje, el que nunca me ha abandonado desde que yo recuerde, el macabro amor de mi vida, más que Diego, más que Alejandro o León o Isamu o Jaqueline o Muray o José Bartolí o tantos otros y otras. Incluso tú querida Chabela.

Mi amor verdadero, fiel, incansable y omnipresente escudero, el que me ha llevado las maletas allí donde he estado, allí donde he ido, ha sido el dolor.

 Un dolor vestido siempre según la ocasión lo requiriese para llevarme a las fronteras de mi resistencia. Dolor enmascarado de punzada cuchillera, de leve y constante aguijón de avispa o de mordiente bocado de alimaña, pero siempre ha sido el tumefacto y sordo telón de fondo de todo el paisaje de mi vida.

 El dolor querida Lita es el amante que nunca me abandonó.

-Debe de ser algo terrible, acostumbrarse al dolor.

-Peor es no vivir. Ese mismo dolor, paladín de la muerte, al que me he enfrentado noche y día, jornada tras jornada, ha sido el que me ha hecho amar tanto la vida.

-Mi Fridita, acércate a mí, tus palabras me dan frío.

-Yo te voy a dar calor, porque algo me consume dentro que no se explicar y ardo como una antorcha en perpetua combustión, pero es algo que también me vuelve un poco salvaje, ya lo sabes, a estas alturas.

-Lo se, lo vivo en cada caricia, en cada beso que me das. Lo siento ya como mío.

-Bebamos otro tequila.

-Bebamos, pero tócame aquí antes...

-Primero tequila, luego te toco donde tú quieras y luego más tequila, hoy me duele algo más hondo que los propios huesos podridos enterrados en mi carne fresca.

-No digas eso, mi llorona.

-No lloro, ya no. Cada vez me duelen menos las heridas del pasado, me he hecho fuerte, a veces pienso que impía.

 Chabela, desnuda con su amante, también desnuda, con sus pechos perfectos las dos por no haber sido madres, le cogió una mano a Frida con ansia, llevándosela con ella, hacia sí.

-Ponme la mano aquí Friedita, ponme la mano aquí…